NAVIDAD AL RASO EN YUGOSLAVIA

La guerra ha terminado... ¿O no?

Miles de musulmanes temen las consecuencias de la vuelta a casa y desconfían de la paz firmada

RAMÓN LOBO

En el campo de refugiados de Kuplensko, en plena Krajina, a una treintena de kilómetros al norte de Bihac, hace un frío de perros. El viento resopla bravo, sin que nada en las colinas peladas pueda filtrar un solo grado de sus heladoras malas intenciones. Los refugiados bosnios, los derrotados seguidores del rebelde musulmán Fikret Abdic, que hace unos días se hacinaban en él, talaron los árboles en busca de calor. Los olmos caritativos de la ayuda humanitaria son escasamente apreciados. Se consumen en un santiamén, sin dar tiempo a imaginar siquiera el calor del paraíso. Sin hayedos y con los maizales desplumados, Kuplensko parece un campo napoleónico de batalla, una avenida de feroces termitas errantes.

El frío polar, el aguanieve y la hartura les empujan suavemente hacia una temida vuelta a casa. "Ayer partieron más de setecientos", afirma Vlado, un policía croata de las fuerzas especiales, encargado del control de la salida de Kuplensko. Aquellos que cruzan la barrera, otro árbol con un *stop* prendido como una medalla, no pueden regresar.

En los 28 kilómetros de curvada carretera que les separa de Velika Kladusa, una ringlera de carromatos, pequeñas casitas construidas con cartón, recorren cansinos en fila india cada metro de retorno. Unos van tirados por un tractor de labranza. Otros por un mulo bizco de tanto trasiego. Huyeron en agosto —hace ya más de cuatro meses—, cuando el V Cuerpo del ejército fiel al Gobierno de Sarajevo les derrotó. Un año antes, en la primera de sus dos derrotas, se refugiaron en Turanj, al lado de Karlovac.

Senad vocea arres en la oreja de su burro. Es de Cazin (centro de Bihac). Su mujer y dos hijos le aguardan en casa. Espera no tener problemas con sus vecinos. "En el campo hace mucho frío. Todo irá bien. La guerra ha terminado", confiesa con sonrisa agazapada.

Cinco autobuses naranjas de la compañía Samoborcek cargados de refugiados sin medio de transporte partieron ayer de Kuplensko. Mujeres y ancianos se afanaban arracimados por descubrir una agarradera. Sus rostros eran fijos. Como fotos estáticas. Miraban sin mirar, temerosos de la movilidad.

Buscar la integración

En Velika Kladusa, la tierra prometida de esta gente, la antigua plaza fuerte de Abdic, Zvonimir Krpan hojea listas de nombres escritos a mano en un fichero con anillas. "Han regresado unos 10.000", dice con frialdad contable. "En el último mes se han incrementado los retornos. El frío, las malas condiciones del campo, el acuerdo de Dayton... Todo empuja al regreso", explica con el mismo tono distante. Los refugiados se inscriben en esta oficina, abierta por el Gobierno bosnio y el croata, facilitando sus nombres y sus direcciones. De este modo es posible hacer un seguimiento de su integración y facilitarles la ayuda humanitaria. "Los problemas que puedan tener los denunciamos a las autoridades locales y a la policía", asegura Zvonimir. "Puedo decir que no ha habido incidentes organizados, sino que son hechos aislados, producto de riñas entre vecinos".

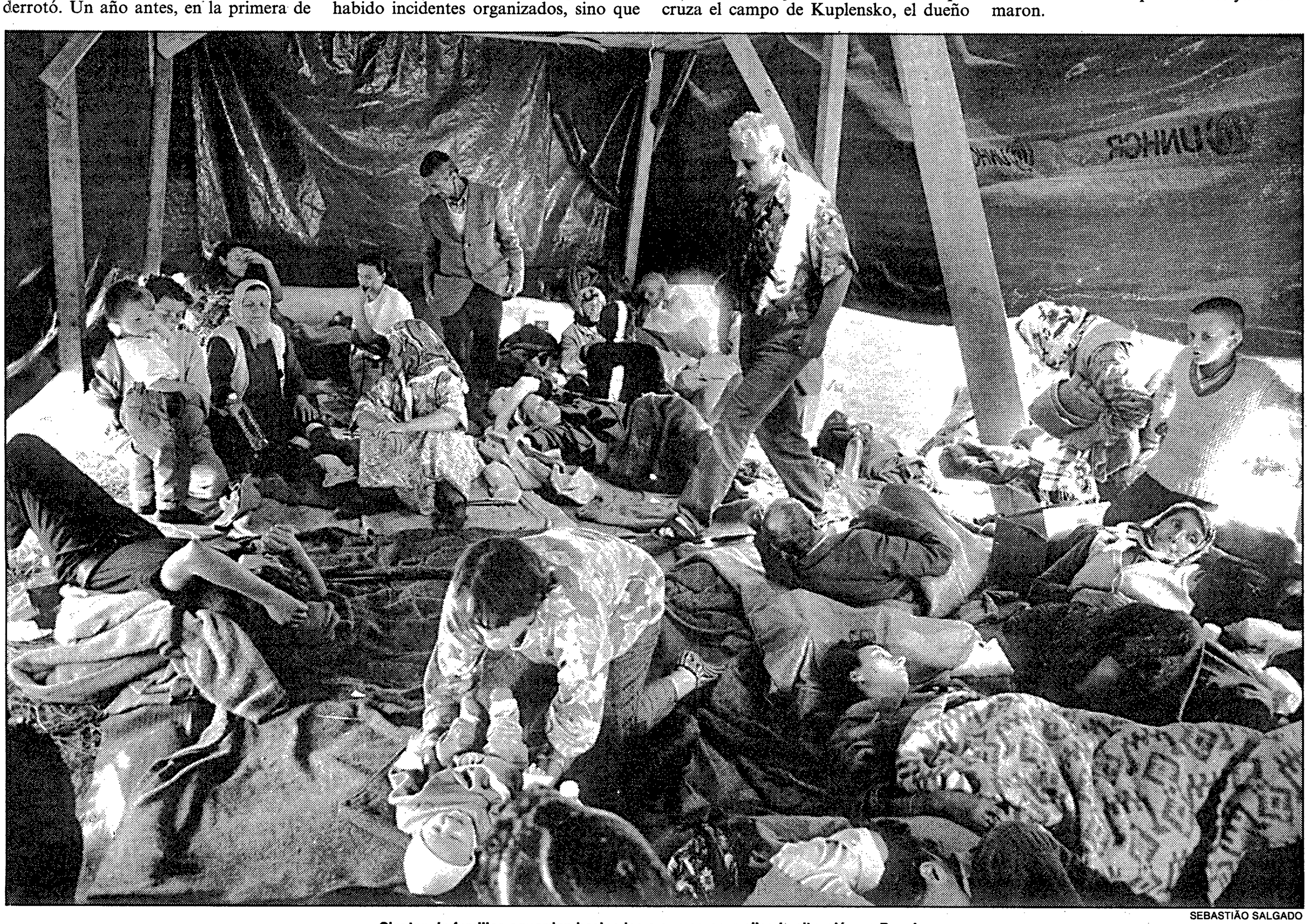
En casa de Suhret Pajazetovic se construyen castillos en el aire. Su esposa, que tiene miedo a decir su nombre, bebe a sorbos un café inundado de posos. Su madre, Dervisa, la mira con amor. "Suhret ha ido hoy a Cazin para ver si recuperamos una tienda y un bar de nuestra propiedad. Tenemos los papeles, pero hoy están ocupados por unos policías". Ella, de 35 años, sonríe inmovilizando el labio inferior, que esconde unos dientes ennegrecidos por las caries, es partidaria de Abdic. "Él nos dio trabajo, dinero y casa. Le votaré en las elecciones". Su marido, un antiguo soldado del Ejército rebelde, se ha alistado en la defensa civil, una obligación para los amnistiados del campo de Kuplensko, cuya alternativa es el Ejército bosnio. "Les utilizan para los peores trabajos, como el de cortar leña en medio del frío".

Sabina y su hija regresaron el miércoles y se toparon con el primer disgusto: su pequeño apartamento en Velika Kladusa estaba habitado. Ahora corretean en laberintos burocráticos en espera del milagro. La gente del campo de Bihac aprovechó la huida de 25.000 partidarios de Abdic en agosto para moverse a las pequeñas ciudades. "El problema son los pueblos más alejados", asegura la hija de Dervisa. "Allí no alcanza la vigilancia de la policía conjunta [bosnio-croata]. Se han producido robos y saqueos, pero no ocupaciones de casas. Ése es un problema de la ciudad".

Pese a todo, hay hambre de volver a casa. En la carnicería de Mohamed, una cabinucha de hojalata en la carretera que cruza el campo de Kuplensko, el dueño abaniquea un cuchillo asegurando que es el utilizado para rebanar el cuello de los enemigos. Sobre el mostrador expone los últimos restos de *Vesna,* su vaca. La vende por gramos. Un filete, tres marcos. "El domingo regreso a Velika Kladusa", exclama elevando la voz en busca de un coro que se forma lentamente cerca de la carnicería. "Les recibiré como me reciban", asegura con la mirada fija y el cuchillo firme en la mano.

"Por la paz"

Más abajo, tras cruzar un cartel de "¡Viva Babo!" (la forma cariñosa de llamar a Abdic) escrito con una falta de ortografía, y un *minikino* (minicine) que a partir de la siete de la tarde proyecta películas porno en vídeo, está la casa de Osman Pandzic, un viejo de larga barba blanca y cabeza desmemoriada. El torreón de cuatro alturas está construido mimosamente con cañas, hojas secas de maíz y maderas delgaduchas. En el cuarto piso destaca un cartel que reza: "Za Mir" ("Por la paz"). El bueno de Osman creó un verdadero zoo de pájaros en el ático, cada uno en su jaulita. Éste aseguraba que cuando los pájaros comenzaran a cantar llegaría la paz. El frío infernal obligó recientemente a Osman a mudar su refugio a una tienda de campaña de calefacción asegurada. Nadie sabe de la suerte de sus pájaros. Si murieron con el frío, acompañaron a su dueño o regresaron volando a Velika Kladusa. Osman mientras, enredado en mantas y en sueños espesos, aguarda paciente el arribo de la felicidad. La que sus aves ya se tomaron.



SEBASTIÃO SALGADO

Cientos de familias aguardan hacinadas a que se normalice la situación en Bosnia.